

La no-violencia evangélica, Fuerza de Liberación

Anónimo

***Encuentro Internacional de Obispos de América Latina
Bogotá, Nov. 28 - Dic. 2 de 1977***

No es frecuente tener la oportunidad de un encuentro marcado por tanta amistad, sencillez y acogida. 20 obispos y algunos sacerdotes y laicos, de 9 países de América Latina - Brasil, Bolivia, Perú, Venezuela, Nicaragua. El Salvador, Chile Ecuador, Panamá - hemos vivido una valiosa experiencia de convivencia fraterna.

Invitados por el Movimiento Internacional de Reconciliación, por Pax Christi, por el Secretariado Latinoamericano de Cáritas y por el Servicio Paz y Justicia (orientación no-violenta), nos reunimos en Bogotá para iniciar nuestros trabajos, presididos en la sesión inaugural por el Sr. Cardenal, Aloisio Lorscheider. Nuestro tema ha sido la situación de violencia y respuesta cristiana de la no-violencia como fuerza social, inspirada en el Evangelio, y liberadora del hombre.

Expresamos de esta manera nuestra comunión profunda con el Santo Padre, que ha elegido como tema para la Jornada de la Paz: "No a la violencia, sí a la paz".

Venimos de muchos países para dar testimonio de una Iglesia que se compromete con los más pobres, a veces hasta dar la propia vida. Hemos aportado el gesto de muchos testigos de la caridad cristiana que derramaron su sangre por la justicia, por la paz, por la defensa de los más débiles, de los oprimidos.

Desde el momento inicial de nuestro encuentro, que tuvo las características de un verdadero retiro espiritual, consideramos que si el informe final no estuviera marcado por nuestra sangre y sacrificio, carecería de un efecto profundo y no llevaría al radicalismo del Evangelio. Por eso hemos considerado como momentos fuertes los de la oración y los de la celebración. Hemos intentado identificar y reconocer, siguiendo el texto de Isaías 53, a los siervos sufrientes que encarnan hoy el misterio del Señor Jesús y su obra de redención.

Reconociendo que somos también nosotros débiles y pecadores, responsables con los demás hermanos de la injusticia que existe en el mundo, hicimos un ayuno absoluto de 24 horas el 10. de diciembre, como gesto de penitencia.

Este ayuno quería ser también un pequeño gesto de comunión con los 500 millones de hambrientos que están esperando un mundo justo donde todos los hombres sean tratados como hijos de un mismo Padre. En este ambiente ha sido redactado el presente texto.

Nos preocupa la situación de violencia que está marcando tan fuertemente la historia y la vida de nuestros pueblos. Notamos, con tristeza, que "el escándalo de las disparidades hirientes, no solamente en el goce de los bienes, sino todavía más en el ejercicio del poder" (populorum Progressio, 9) se ha agravado más aún, y que la situación de pecado que, como obispos señalábamos en Medellín, sigue persistiendo sin grandes cambios, si es que no se ha empeorado más todavía.

Vivimos en un contexto de violencias. Hay violencias en lo económico por las agudas crisis, las reiteradas devaluaciones monetarias, el desempleo y los altos costos sociales que pagan, en definitiva, los más pobres y desamparados. Hay violencia en lo político, porque nuestros pueblos, cuál más, cuál menos, carecen del derecho de expresión, de ejercicio de sus derechos cívicos, de la participación. Y lo que es aún más grave en muchos países, se añaden a estas violaciones de derechos humanos, otras como la práctica inhumana de la tortura, el secuestro y el asesinato. La violencia se refleja también en múltiples formas de delincuencia, en la evasión hacia las drogas, en el abuso de la mujer: todas estas son tristes expresiones de frustración, de decadencia espiritual y cultural, por parte de pueblos que así van perdiendo las esperanzas de un futuro diferente.

No podemos escudarnos en teorías; ni en condenaciones de unos grupos a otros. La violencia se da, es un hecho; la injusticia existe, es una realidad. Como cristianos no podemos transigir con ello. No podemos acostumbrarnos al mal, por más que se nos presente cotidiana y repetidamente; no podemos callar, por más que se trate de intimidarnos por la amenaza, el desprestigio publicitado y las represalias. Y mucho menos podemos aceptar que la violencia se presente como una exigencia de la fe, como una salvaguardia de "valores humanistas y cristianos" que hay que defender.

Al presentar, con sencillez, nuestras reflexiones a las comunidades eclesiales latinoamericanas, queremos destacar, en primer lugar, nuestra visión de los

hechos. Queremos abogar, después, por una solución enérgica, radical, pero evangélica; nacida de la doctrina y del ejemplo del Señor Jesús, a quien confesamos como verdadero y único Señor de la historia. La fuerza del Evangelio no solo encarna la verdad, sino también el poder de Dios. Es un poder que actúa en la historia y la transforma. Creemos en la fecundidad de la acción inspirada en el amor, como lo expresa insistentemente S.S. Pablo VI; y la preferimos a la violencia que no es cristiana ni evangélica y ha demostrado no ser eficaz.

I. LAS VIOLENCIAS DE AMERICA LATINA

Hablar de violencias en nuestro continente no es ignorar la realidad mundial de violencia. Tampoco queremos negar los rasgos de esperanza para el futuro. Pero estos rasgos no consisten tanto en los logros políticos y económicos (vg. estabilidad bajo regímenes autoritarios, crecimiento de algunos aspectos económicos), ya que estos, con frecuencia, esconden altísimos precios de violencia que se ha impuesto sobre las mayorías marginadas. Los verdaderos rasgos de esperanza radican, más bien, en la creciente toma de conciencia del pueblo, la solidaridad fraterna, la mutua ayuda y en las expectativas de una sociedad más justa y humana. Vemos ahí las señales de la acción liberadora del Espíritu Santo. Son estos los verdaderos bienes que "volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal, reino de verdad y de vida, reino de santidad y gracia, reino de justicia, de amor y de paz" (*Gaudium et Spes*, 39).

Violencia en lo económico

Señalamos y denunciemos la violencia que impera en el mundo internacional del mercado de productos manufacturados y materias primas. "La justicia social - decía Pablo VI - exige que el comercio internacional, para ser humano y moral, restablezca entre las partes al menos una cierta igualdad de oportunidades" (*Populorum Progressio*, 61). Por más que los países pobres han hecho repetidos esfuerzos para que sean escuchadas sus posiciones y atendidas sus demandas, las conferencias mundiales no llegan a ningún resultado y se dilatan las soluciones que revisten ya extremada urgencia. Las aspiraciones por la creación de un nuevo orden económico internacional no se concretan aún en medidas cercanas que inspiren esperanza a los pobres de nuestro continente. La situación internacional impacta también en las decisiones internas: los modelos de desarrollo que se adoptan provocan el descenso del nivel de consumo del pueblo, e incluso reformas iniciadas, como la reforma agraria, parecen estancarse y aun retroceder en algunos de nuestros países.

En cambio, el poder de los grandes industriales, conglomerados industriales, algunos de ellos con presupuestos que superan, de lejos, los presupuestos de naciones enteras latinoamericanas, se va extendiendo y afianzando. Los beneficios que aportan estas empresas transnacionales por su capital y tecnología, no parecen compensar los riesgos de un enorme poder que les permite "llevar a cabo estrategias autónomas, en gran parte independientes de los poderes políticos nacionales, y, por consiguiente, sin control desde el punto de vista del bien común. Al extender sus actividades, estos organismos privados pueden conducir a una nueva forma abusiva de dictadura económica en el campo social, cultural e incluso político" (Octogésima Adveniens. 44). Con esto se van anulando los esfuerzos para la integración latinoamericana.

La violencia económica está ejercitada también por quienes sacan dinero del país. Con plena conciencia de que este hecho no es aislado, sino frecuente, repetimos y urgimos la amonestación de Pablo VI: "desde luego no se podría admitir que ciudadanos provistos de rentas abundantes, provenientes de los recursos y de la actividad nacional las transfiriesen en parte considerable al extranjero, por puro provecho personal, sin preocuparse del daño evidente que con ello infligirían a la propia patria" (PP 24). Se dice que el dinero no tiene patria. Pero hay un verdadero "imperialismo internacional del dinero" (PP 26), generado por un liberalismo sin freno.

Hay violencia, también, en la creciente desigualdad de la distribución de la renta nacional. Minorías reducidas acumulan dinero, a veces en proporción hasta del 30% del ingreso nacional, para solo un 5% de la población mientras que el 80% de la población tiene que contentarse con un 40% del ingreso. En otros términos, menos de la tercera parte de la población, goza de dos terceras partes del ingreso nacional, mientras que el resto debe repartirse la tercera parte de ese ingreso. (Informes de las Naciones Unidas, sobre la distribución del ingreso en América Latina, 1971).

Estas situaciones tienden a deteriorarse por la pérdida del valor adquisitivo de la moneda, lo cual impacta desfavorablemente, sobre todo, en los sectores más marginados de la población.

A todo esto hay que añadir la violencia que sufren los trabajadores desprovistos, con gran frecuencia, de sus derechos sindicales y obligados a aceptar remuneraciones insuficientes. Conviene recordar a este propósito la severa advertencia de León XIII hace cerca de 100 años en *Rerum Novarum*, 32: "Si el

obrero, obligado por la necesidad o acosado por el miedo de un mal mayor, acepta, aún no queriéndola, una condición más dura, porque la imponen el patrono o el empresario, esto es ciertamente soportar una violencia, contra la cual reclama la justicia".

Violencia en lo político

No existe en América Latina el clima propicio para el discernimiento político frente a las ideologías y sistemas que Pablo VI nos propone, tanto frente a un liberalismo que supere su insensibilidad social y respete los derechos colectivos, sobre todo de los más pobres (Cfr. Octogésima Adveniens, 26 y 35), como frente a un socialismo que respete los valores de la libertad, responsabilidad y apertura a lo espiritual. (Octogésima Adveniens, 31).

Por eso se vive en América Latina la permanente tentación de la violencia. La que se expresa en la opción decidida por un "materialismo sofocante" de la sociedad de consumo que conduce, por su propia lógica a "la codicia, al tener más y acrecentar el propio poder" (PP. 18). Y también a la violencia para cambiar el sistema. "Hay dos tipos de violencia: la que ataca y la que defiende. Los que quieren conflicto a cualquier precio y los que quieren paz a cualquier precio. Pero el precio es siempre la violencia...". Rechazamos la una y la otra e invitamos a eliminar de raíz, no al enemigo sino a la causa de la enemistad: la injusticia" (Episcopado chileno: Evangelio y paz, 5 Sept. de 1975).

Señalamos y denunciarnos, en particular, la violencia que se ejercita en nombre de la seguridad nacional. "La seguridad como bien de una nación es incompatible con una permanente inseguridad del pueblo" (Episcopado brasileño. Exigencias cristianas de un orden político, 17 de febrero de 1977). "La preocupación legítima por la seguridad nacional no debe exacerbarse hasta tal punto que engendre un clima de inseguridad creciente de toda la nación... el terrorismo de la subversión no puede tener como respuesta el terrorismo de la represión" (Episcopado paraguayo, julio 1976).

La carrera armamentista proyecta además, las sombras de la duda y de la incertidumbre. Pavoroso horizonte de violencia que ningún bien puede traer a nuestro continente. La carrera armamentista no solo amenaza con la violencia futura; es violencia que actúa ya en el presente: exagera un sentimiento nacionalista cerrado a la comunidad de naciones latinoamericanas, sin tener en cuenta otros pueblos hermanos. "El nacionalismo aísla a los pueblos en contra de su verdadero bien" (Populorum progressio 62). Además, empobrece a nuestros

pueblos porque limita los ya escasos recursos tan necesarios para su desarrollo integral. "El nacionalismo aísla los pueblos en contra de lo que es su verdadero bien. Sería particularmente nocivo allí en donde la debilidad de las economías nacionales exige, por el contrario, la puesta en común de los esfuerzos, de los conocimientos y de los medios financieros, para realizar los programas de desarrollo e incrementar los intercambios comerciales y culturales". (Ibid.).

Otras manifestaciones de violencia

La violencia de los poderosos no quiere manifestarse como tal; por eso acude a la mentira. A su vez, la mentira no puede sostenerse, por eso necesita de la violencia. Vivimos así múltiples formas de violencia que no se agotan en las relaciones económicas ni políticas. Ellas nos llegan a través del erotismo y de la brutalidad que se vuelve tema y clima habitual de los medios masivos de comunión social y llegan hasta la intimidad del hogar por la televisión. La violencia llega por los programas compulsivos de control de la natalidad, aceptados por nuestros propios gobiernos, interfiriendo así en la decisión de la pareja guiada por la responsabilidad ante la vida y la educación de sus hijos. Se hace violencia cuando, por el aborto, se suprime la vida humana. Hay violencia también cuando la dignidad de la mujer no es valorada ni se la reconoce en plano de igualdad en las responsabilidades familiares y sociales. Hay violencia cuando la mujer es reducida a objeto publicitario de la sociedad de consumo.

La violencia oprime en particular a los pobres: carecen de trabajo, no tienen acceso a la educación; se ven marginados de las atenciones de la salud.

La misma juventud está sometida a la violencia: se impone control a sus ideas y aspiraciones; se quieren vencer unos dogmatismos por otros, privando en todo caso a los jóvenes del sentido crítico, de la responsabilidad política. En algunos países se hace de la universidad un recinto elitista para privilegiados; en otros, las universidades reflejan los malestares sociales y sufren el vaivén de las presiones políticas y económicas. Cuando la juventud no puede dar un sentido a su vida y a su esperanza, termina por evadirse con el recurso de las drogas o de la delincuencia. Lamentamos tan equivocadas expresiones de su protesta y tan inútiles gestos para contribuir con algo positivo al cambio que es necesario.

Legitimación religiosa de la violencia

Señalamos con mayor claridad y fuerza todavía, la violencia que se hace al evangelio mismo, para buscar en él y una apología y defensa que legitime la violencia. Jesús no ignoró que las estructuras y sistemas oprimen al hombre. Más

aún, se enfrentó con la estructura más sagrada para un pueblo religioso como el judío: no es el hombre para el sábado sino el sábado para el hombre. No se puede sacrificar a las personas concretas por mantener observancias legalistas. Pero la liberación que anunciaba la realizó y consiguió por su muerte y resurrección. Pagó el alto precio de su propia vida por hacer libres a los hombres, sobre todo de la esclavitud del pecado y por ello mismo de todas las esclavitudes que se derivan como secuelas del pecado.

Jesús no abogó por los medios violentos para cambiar situaciones injustas. Pero mucho menos, por medios violentos para mantener y defender la injusticia. Por eso debemos afirmar que los valores cristianos no se defienden jamás con el asesinato, la tortura, la represión. Tristes valores "humanistas y cristianos" los que solo pueden ser afirmados por la violencia. Esos métodos no pueden defender una vida y un amor que nos hace libres porque nos hace hijos del Padre y hermanos de todos los hombres. La fraternidad y la filiación no se mantienen por la fuerza de las armas. Son valores que se viven desde la conversión del corazón, porque se acogen los dones del Señor con espíritu de pobres.

II. ACTITUDES ANTE LAS VIOLENCIAS

Ante la realidad de la violencia surgen varias respuestas. Unos prefieren ignorarla no viéndola, prescindiendo de ella; refugiándose en un mundo ficticio, estrecho y cerrado de la propia clase social y del mundo que les rodea. Otros, sin ignorar las violencias las consideran inevitables con actitud fatalista; o incluso necesarias como males menores y por tanto objeto de decisiones libres de los hombres. En quienes sufren las violencias, estas producen la pasividad, la resignación, el miedo. Las violencias consiguen plenamente sus objetivos cuando se llega a una sociedad masificada, sin conciencia crítica, sin solidaridades humanas, domesticada por la sociedad de consumo. Quienes reaccionan de esta manera ante las violencias existentes creen imposible ninguna acción, ni siquiera la no-violenta. Se proclama, de esta manera, el triunfo de la violencia opresora y represiva; se confiere a ella la palabra definitiva sobre la historia.

Por el contrario, otros se sienten llamados a la rebeldía y a la lucha. No aceptan el mundo de las injusticias presentes. Sueñan con sociedades más justas. Pero creen imposible la realización de esas utopías sin el recurso a la violencia. Conscientes de que hay situaciones cuya injusticia clama al cielo, "sienten la tentación de rechazar con la violencia tan graves injurias contra la dignidad humana" (PP 30). Pero las

tácticas de la contra - violencia han conducido a mayores penurias y a una represión más dura y opresora.

III. LA ACCIÓN NO VIOLENTA

La situación de violencia que se acaba de denunciar y que no parece mejorar a corto plazo, nos presenta también a nosotros un desafío. Frente a las respuestas enumeradas, de pasividad y conformismo o de rebeldía y protesta violenta, ¿tenemos nosotros una alternativa que ofrecer para luchar contra la violencia de los grandes que esclavizan a los más débiles, o para impedir que la lucha de los oprimidos contra las injusticias que los aplasten, se convierta en una escalada ascendente de odio y de terror?

La no-violencia se nos presentó en este encuentro como una gran oportunidad ofrecida hoy a los cristianos y demás hombres y mujeres de buena voluntad para actuar en favor de una sociedad, cuya meta sea la superación de las dominaciones de todo tipo.

La acción no-violenta es un espíritu y un método. Existen ejemplos de su eficacia en diversas situaciones de injusticia: Gandhi fue apóstol de la no-violencia en Africa del Sur y en la India, luchando por la liberación colonial, por la justicia social y política. Martin Luther King es mártir de la no-violencia defendiendo a los negros discriminados por prejuicios raciales. Danilo Dolci luchó por la liberación de las poblaciones marginadas frente al terror implantado por la mafia siciliana. César Chávez organiza a chicanos explotados en las viñas de California y lucha con ellos con métodos de no-violencia. La no-violencia fue empleada también en Checoslovaquia ante la invasión rusa.

Tal vez estos ejemplos nos parezcan demasiado lejanos o inadaptados a la realidad de América Latina. Sin embargo, crecen también entre nosotros los convencidos por la causa de la no-violencia. Dom Helder Cámara ha sido uno de los pioneros de esta acción en nuestro continente. Pero no está solo. Reconocemos con alegría que ya existen en medio del pueblo, sobre todo de los pobres y oprimidos, de sus líderes y agentes de pastoral, ejemplos animadores de acción evangélica no-violenta contra la injusticia y la opresión. América Latina cuenta ya con listas de mártires y confesores de la no-violencia.

Pero debemos reconocer también que los cristianos no hemos denunciado siempre la violencia y la injusticia; en nuestra debilidad y pecado hemos llegado a veces a

dar anti-signos por asumir actitudes de connivencia con aquellos que oprimen a los pobres y causan las injusticias.

El espíritu de la no-violencia

La acción no-violenta encarna un espíritu y un método. Como espíritu, la no-violencia parte de la convicción de que los hombres no están irremediamente enfrentados unos a otros como enemigos, sino más bien, que desde el interior de una situación de conflicto, experimentan el desafío de superarlo en el diálogo y en el amor. Cuando este conflicto proviene de una evidente situación de injusticia, caracterizada por el predominio del poder que unos tienen sobre otros, corresponde a los débiles emprender una acción de presión moral extremadamente activa y eficaz, pero no violenta, que haga ver al opresor su injusticia y la lleve a corregirla. Así ambos se liberan: el poderoso se libera de ser opresor, el débil, de ser oprimido.

Aunque el espíritu de la no-violencia no es exclusivo de los cristianos, encontramos, sin embargo, en nuestra fe, en las palabras y en los hechos del Señor Jesús, motivaciones profundas y ejemplos claros para vivir la acción no-violenta. Esta acción encarna, en este caso, una manera de vivir el evangelio, enfrentándonos con las injusticias de este mundo.

Por esto la no-violencia debe iniciarse desde la radical transformación de la propia vida personal. Es preciso hacerse violencia a sí mismo; superar los instintos egoístas que nos dividen y separan de los hermanos: hay que vencer la tentación de la comodidad y pasividad, o el miedo que se refugia en nuestro corazón. Debemos rechazar todos los gérmenes de odio, de rencor y de venganza que existen en nosotros mismos y que se expresan en relaciones interpersonales inmediatas. La no-violencia es una respuesta ante la violencia y la opresión; pero no una respuesta que nace de mecanismos instintivos por devolver con la misma medida. Es una respuesta que nace desde lo profundo de nuestra propia libertad interior y que nos hace capaces de rehacer las relaciones humanas en el nivel de lo personal, de lo libre. El espíritu de reconciliación no nace nunca de la cobardía o de la debilidad; el perdón cristiano es fruto del amor; es un acto de libertad y es un acto creador de libertad en los demás.

El ejemplo más claro del espíritu de la no-violencia se da en el diálogo. Sabemos que es muy difícil dialogar, mientras que es fácil yuxtaponer dos monólogos. Defendemos a veces solo nuestra propia verdad y denunciemos los errores solo en nuestros adversarios. La verdadera actitud de diálogo supone, por el contrario,

comenzar por descubrir la verdad del otro, el bien que hay en el otro, y tener la sinceridad de decírselo. Supone, luego, descubrir como nosotros, en nuestra propia vida, hemos traicionado esa verdad. Solo así podemos afirmar luego nuestra propia verdad, pero con el reconocimiento de que nosotros también la hemos traicionado con nuestros actos, muchas veces. Quien ha seguido estos tres pasos puede pasar al cuarto: poder decir al otro su mal, la injusticia que comete. Pero la manera de decírselo debe involucrarnos a nosotros junto con el adversario, en un mismo caminar hacia la justicia, reconociéndonos todos pecadores. De esta manera, en un diálogo sincero, se pronuncia la palabra liberadora que libera también al adversario de su mal.

Seguir el camino de la no-violencia es distinguir en el opresor el mal que hace y la persona que él es: se trata de amar a la persona pero detestar el mal. Y para ello jamás la acción no-violenta recurrirá al poder, a la fuerza; jamás ofenderá al opresor con una palabra injuriente. Por el contrario, a semejanza de Cristo, el no-violento trata de vivir la espiritualidad del siervo sufriente; evita todo espíritu de dominación sobre las personas, elimina todos los signos de discriminación o superioridad. Busca la serenidad por el entrenamiento continuo para vencer el miedo. Vive de la verdad, dice la verdad, defiende la verdad pero siempre con amor.

Comprometerse con el espíritu y la mística de la no-violencia es aceptar el desafío de seguir a Jesús, incluso en su aparente fracaso humano, que, sin embargo, ha sido el germen de la transformación radical de la humanidad. Es el amor y no la violencia ni el odio los que tienen la palabra definitiva de la historia. La resurrección de Jesús nos libera del absurdo aparente de la muerte sin sentido, cuando se es aplastado por los poderosos de este mundo, porque se ha anunciado la fraternidad de todos los hombres, hijos de un mismo Padre que está en los Cielos.

El método de la no-violencia

La no-violencia se vive en la acción concreta. Como acción, esta se sitúa ante la realidad social, con toda su violencia institucionalizada. Ni la ignora ni la camufla; tampoco pretende legitimarla como necesaria e inevitable. La denuncia con claridad, como resultado de la conciencia humana, de decisiones, opciones y preferencias libres de los hombres. La no-violencia no se confunde ni con la pasividad ni con el inmovilismo o la tolerancia de la injusticia.

Como toda auténtica acción humana debe ser perseverante, clara en sus metas y metódica en sus etapas. No rechaza la mediación del análisis social; por el contrario, la considera imprescindible para identificar los problemas reales, las injusticias concretas, sus causas y relaciones profundas. La acción no-violenta aspira a realizar cambios en la historia. De su visión del hombre y de la sociedad surgen métodos y actos de no-cooperación con sistemas injustos en lo económico, político, técnico. Estos actos de presión moral colectiva tienden a retirar sistemáticamente el apoyo a los sistemas injustos. Y obligan a la búsqueda y a la realización, a partir de la base, de una sociedad alternativa socializada.

La acción no-violenta implanta ya, en el mismo proceso de cambio, los valores a que este cambio apunta. No implanta la paz con la guerra; no construye con la destrucción. La aspiración a un mundo fraterno y justo no es negada ella misma con las acciones que pretenden transformar la sociedad.

La perseverante acción en la no-violencia se alimenta de la convicción del valor absoluto de la persona humana. A esta convicción la fe cristiana aporta una contribución importante: creemos en la persona y en la obra de Jesús, el no-violento por excelencia. Si comparamos la acción no-violenta con el marxismo, advertimos que ambos quieren superar los conflictos de la sociedad de clases. Sin embargo, cuando este proyecto cierra sus horizontes ante la trascendencia, condena al hombre a enajenarse a sí mismo. Sin la presencia del Dios vivo es imposible superar las inevitables contradicciones de la condición humana e ir más allá de los condicionamientos psico-sociales que alienan nuestra libertad personal. La raíz del absoluto valor del hombre está en su apertura al Dios trascendente, en su actitud de diálogo con El.

IV. LINEAS DE ACCIÓN

Recogemos en esta parte algunas reflexiones de las discusiones de grupos en torno a tres temas, que no agotan, evidentemente, todos los problemas y desafíos a la no-violencia. Las presentamos tales como se encontraban al final de nuestro encuentro, reconociendo que no han sido maduradas suficientemente en los grupos ni examinadas ni discutidas por falta de tiempo. Sin embargo, pareció a la mayoría que sería útil presentar estas ideas como punto de partida para reflexiones ulteriores. Ellas son el reflejo de las situaciones vividas en muchas regiones de América Latina. La Iglesia no puede evadir dar sus respuestas, aunque tal vez ellas no sean definitivas, a estos problemas.

Los grupos trabajaron, tres temas: los problemas del campesinado, sobre todo con relación a la propiedad de la tierra; a los regímenes de seguridad nacional y los conflictos en la Iglesia, sobre todo en el contexto de la acción no-violenta por la justicia.

Problemas de la tierra

Si bien no podemos analizar aquí los muchos problemas que afectan a la clase campesina y mucho menos apuntar soluciones a todos y cada uno de ellos, sí queremos reiterar que la participación libre, activa y responsable de los propios campesinos es condición imprescindible para lograr soluciones justas.

Nuestra pastoral con los campesinos debe nacer de la convivencia con ellos, de la reflexión, en un clima de oración, que permita que afloren los problemas y la vida entera para ser iluminada por la luz del Evangelio. Tenemos que ser testigos de la convicción y de la confianza en el poder movilizador de la oración y del ayuno.

Nuestro trabajo pastoral debe promover a los campesinos en las comunidades de base, y también en los sindicatos y organizaciones campesinas, aunque en estos últimos casos no es nuestra tarea pastoral la directa organización de estas agrupaciones, pero sí, el preparar y animar a las personas que deben asumir, como laicos, esta tarea.

El respeto a las personas debe estar presente en toda nuestra acción: respetar las iniciativas en la expresión religiosa y litúrgica, en la creación de nuevos ministerios. Este respeto también debemos mantenerlo en el caso de que los campesinos asuman la iniciativa en la defensa de sus derechos a la tierra.

Hay situaciones, sin embargo, en las que la Iglesia es la única voz de los que no tienen voz. En estos casos, si la causa de los campesinos es justa, y si ellos lo solicitan, podemos ser mediadores o entrar en su defensa. Esto significará, en ocasiones, el poder de las oligarquías que concentran todo el poder de decisión; significará también, ejercer la misión profética tanto frente a las autoridades gubernamentales y opinión pública, defendiendo los derechos de los campesinos, como frente a estos mismos, haciéndoles tomar conciencia de su derecho.

Regímenes de seguridad nacional

En medio de las situaciones de violencia que afligen a América Latina han surgido en varios países regímenes políticos nuevos, autoritarios y en muchos casos asumidos por las fuerzas armadas. Estos regímenes se presentan como la solución

y el remedio indispensable a los problemas de violencia. Hacemos nuestro, su propósito de dar fin a los actos de violencia institucionalizada. Sin embargo, los medios usados para remediar estos males merecen a nuestro entender, varios reparos.

En forma general los métodos empleados plantean el problema de pretender superar una violencia mediante otra violencia. De este modo se prolonga indefinidamente la espiral de violencia. La represión de la violencia por un Estado que usa los mismos métodos violentos, hace crecer la violencia en lugar de reducirla. La forma como se pretende llegar a la seguridad, conduce, como un círculo sin salida, a la inseguridad. Así pues, la violencia de la oposición engendra inseguridad en el Estado; el Estado, a su vez, engendra inseguridad en los ciudadanos por sus medidas de represión violenta; la inseguridad de la población engendra nuevamente una oposición más violenta y mayor inseguridad, a lo cual el Estado nuevamente responde con mayor represión, y así en un proceso sin fin. Alguien tiene que romper ese círculo de inseguridades a las que se da respuesta con la violencia.

La violencia de los regímenes de seguridad nacional se legitima, en primer lugar por la lucha contra el terrorismo. Rechazamos, por supuesto, en forma absoluta todo acto de terrorismo y violencia; no reconocemos en ellos ningún valor positivo en la lucha por la justicia social. Reconocemos, además, que el Estado tiene la misión de reprimir los actos de terrorismo, secuestros de personas y de aviones, etc. y de prevenir, en la medida de lo posible y por medios moralmente aceptables, su repetición futura.

Pero consideramos que no hay adecuación, en muchos casos, entre el real alcance de las acciones terroristas y las respuestas de los estados de seguridad nacional. Estos reaccionan como si la supervivencia de la nación estuviera en peligro; como si la nación estuviera al borde de la destrucción total por medio de la guerra. Tal apreciación no es exacta. No hay proporción entre los actos reales de subversión y la supresión total de tantas garantías constitucionales, la suspensión de tantos derechos humanos y el clima de inseguridad engendrado por las medidas que se presentan como garantías de seguridad. En ningún país la supervivencia de la nación o el Estado está en tales extremos de peligro. Pero aunque lo estuviera, no es legítimo recurrir a medios inhumanos ni siquiera para defender la supervivencia del Estado, pues éste y la nación no son fines absolutos sino subordinados a los derechos de la persona humana que son absolutamente inalienables.

En muchos casos los métodos de represión al terrorismo adoptan las mismas formas de terrorismo. No faltan casos en que dentro de la misma policía se hayan formado grupos de terroristas tales como los escuadrones de la muerte, bajo el amparo del silencio cómplice de las autoridades.

Por otro lado los regímenes de S.N. hacen crecer indebidamente el número de los terroristas y subversivos al clasificar en estas categorías todas las formas de críticas, o de oposición política. Son considerados subversivos todos los que practican las formas más pacíficas y no-violentas de oposición a los programas políticos del gobierno, todos los que hacen reservas y aun los indiferentes que se abstienen de manifestar exteriormente su entusiasmo por la actuación del gobierno. Así el Estado se da artificialmente un gran número de supuestos adversarios peligrosos y violentos.

Además, la pura represión de la subversión no ofrece ningún remedio real y durable porque ignora las causas de esta subversión. Gran parte de las causas se encuentra en las situaciones de violencia institucionalizada. De tal suerte que el primer remedio a la subversión consiste en una transformación radical de las desigualdades sociales y a las frustraciones de la libertad individual, social y política.

En segundo lugar, los regímenes de S.N. invocan la necesidad de defender a la nación contra el comunismo o el marxismo internacionales. Presentan la situación como si sus naciones estuvieran al punto de caer en manos de la Unión Soviética y transformarse en democracias populares, según el modelo de las naciones comunistas.

Aquí también nos preguntamos si no hay una sobrevaloración del peligro. Los analistas serios que se pueden encontrar en la opinión pública internacional no parecen dar ningún valor a estos temores, por lo menos en la actualidad. No parece haber ninguna proporción entre el peligro real de instalación de un régimen comunista y las medidas de represión de los derechos humanos actualmente adoptadas.

En este caso también los regímenes de S.N. y sus propagandas aumentan sin razón el número de comunistas. Ellos crean a innumerables comunistas que no existen: tratan de comunistas a todos los que denuncian situaciones de injusticia o asumen la defensa de los pobres, tratan de campaña comunista internacional la acción de todos los grupos que en el mundo exigen y reclaman en nombre de los derechos

humanos; incluso tratan de comunistas infiltrados a los obispos, sacerdotes o cristianos en general que denuncian los atropellos a los derechos humanos o descubren la situación de miseria de las masas sacrificadas por los sistemas sociales actuales.

Por otro lado los sistemas de S.N. se ven obligados por su afán de seguridad total y de represión radical a usar, en nombre de la lucha contra el comunismo, las mismas armas y los mismos medios inmorales que denuncian en el comunismo. De esta forma su lucha contra el comunismo va perdiendo toda su legitimidad moral.

Y podemos añadir que los métodos puramente represivos que pretenden extirpar el comunismo sirven, en realidad, para dar al comunismo más prestigio en medio de las masas oprimidas y aterrorizadas. La experiencia de otros países confirma que tales métodos de lucha contra el comunismo favorecen más bien su desarrollo y le confiere el prestigio de los mártires. Hay métodos de lucha contra el comunismo que parecen hechos justamente para favorecer y preparar su ascensión.

En tercer lugar los regímenes de S.N. invocan al fracaso de la democracia. Los métodos no violentos y de diálogo, que son los de la democracia, habrían mostrado su eficiencia si se hubieran corregido ciertos defectos. En lugar de corregir los defectos, los nuevos regímenes pretenden romper con todo el pasado y negar todos los avances realizados durante las experiencias democráticas.

Suprimen las constituciones, las instituciones políticas y sociales en lugar de corregirlas, con el pretexto de que habrían dado la prueba definitiva de su ineficacia. Las formas de participación popular habrían demostrado su ineficacia. Solamente el Estado entregado a algunas élites selectas sería eficaz. Ahora bien, hay falta de proporción entre los males reales y los remedios drásticos que se proponen. Porque hubo vicios reales en los sistemas de representación popular, ellos suprimen toda representación popular.

Dicen que preparan una nueva democracia y recibimos con júbilo esa declaración de intención. Pero, al mismo tiempo, evitan toda educación cívica en el sentido de una participación popular, desprestigian las instituciones representativas y se oponen a todo estudio crítico de la situación y los remedios propuestos. ¿Cómo podrían por pura autoridad preparar una participación popular? Finalmente, los regímenes de S.N. se legitiman por sus resultados en materia económica: el

desarrollo que logran producir sería una legitimación, por reflexiva o autoritario que fuese.

Nadie más que nosotros desea el desarrollo y entendemos que éste no se puede concebir sin grandes sacrificios de toda la población. Sin embargo, no podemos aceptar que un progreso material económico tenga que ser pagado por el precio de una violencia política institucionalizada, por un régimen de vigilancia permanente, por una policía secreta y una falta de participación y una ausencia total de garantías individuales. Nunca tal estado de violencia puede justificarse por resultados materiales de crecimiento económico cuantitativo. Mejor sería, menos crecimiento económico con mas libertad y menos violencia.

Además, el mismo progreso económico alcanzado no deja de suscitar serios interrogantes. Se habla del "milagro económico brasileño" y otros estados están ansiosos por mostrar un milagro semejante que a veces ya anuncian aun cuando nada aparezca. El milagro económico de que hablan, es milagro, ¿para quién? Es milagro para una pequeña categoría social que recibió todos sus beneficios, mientras las grandes masas pobres se encontraron finalmente más pobres que antes. De tal suerte que el precio del milagro es finalmente otra forma de dominación, más sacrificios impuestos a los pobres, más violencia económica por medio de la violencia política con ventajas únicamente para algunos privilegiados. ¿Dónde está la legitimación de los métodos violentos del Estado?.

Por lo demás muchos autores se preguntan si la causa eficaz del crecimiento económico que se alcanzó fue realmente el sistema autoritario que se adoptó. Creen que el mismo progreso se habría alcanzado de igual manera dentro de un sistema democrático corregido y con menos distorsiones.

En esta forma no parecen muy convincentes los argumentos dados para justificar un régimen de represión y de violencia. A tales regímenes no queremos de ninguna manera oponer otra forma de violencia. Al revés, creemos que ha llegado el momento de romper el círculo de la violencia, al oponer a los sistemas actuales una acción decidida y perseverante sin violencia pero clara y definida de no participación activa, en vista de una completa transformación de las estructuras de violencia política o económica de nuestros países.

Conflictos en la Iglesia y acción no-violenta por la justicia

No se puede disimular que hay conflictos en la Iglesia latinoamericana. Están a la vista y los medios de comunicación lo muestran a la opinión pública, no sin

tergiversarlos. Estos conflictos tenemos que asumirlos, entenderlos y tratar de superarlos. Pero no sería evangélica una unidad o una reconciliación basadas solamente en el silencio de las opiniones, en la ignorancia de las causas que producen las divergencias o en compromisos de resignación, en los que cada cual estaría invitado a abandonar sus convicciones o las formas de acción que cree inspiradas por el espíritu. Queremos una reconciliación que no sea una traición al mundo que hemos de servir y salvar. Una reconciliación que sea una superación de las divisiones y no una negación o una tentativa para negarlas y negar sus razones de existir.

En primer lugar, reconocemos que divergencias y divisiones provienen de la misma acción no-violenta por la justicia y la paz, en medio de los conflictos latinoamericanos de hoy. Nosotros mismos provocamos divisiones aunque queramos lo contrario. Y asumimos las consecuencias de nuestra actitud. En efecto, nuestra acción no-violenta por la justicia y la paz evangélicas, derivan de una toma de conciencia nueva de la realidad de nuestros pueblos. Somos una minoría los que percibimos tal situación de violencia en nuestros países, en virtud de experiencias específicas que hemos podido tener. Hay diferencias entre nuestra percepción de la realidad, y la de los otros, entre nuestra percepción de las prioridades y las urgencias pastorales y la de los otros. Creemos que nuestras divergencias proceden esencialmente de una diferencia de percepción de la realidad del mundo actual, de los peligros reales, de los desafíos urgentes, de las esperanzas y los temores, de los sufrimientos de los pueblos y de lo que esperan de la Iglesia.

A estas diferencias de percepción de la realidad del mundo, hay que añadir a veces diferencia en la interpretación del papel de la Iglesia en el mundo, o sean diferencias teológicas, pero a su vez, estas están determinadas frecuentemente por una visión distinta del mundo actual.

Dada esta situación, el precio de la unidad nunca podrá ser que dejemos de ver lo que vemos o de saber lo que sabemos. Nuestra visión puede ser parcial y nuestra manera de actuar puede parecer agresiva a varios de nuestros hermanos. Los conflictos que encontramos en la Iglesia nos ayudarán a corregir y mejorar nuestra visión de la realidad y nuestra acción no-violenta para transformarla sin renunciar a la luz que hemos recibido, pero recibiendo otra parte de luz de nuestros hermanos.

En vista de la realidad queremos recibir de nuestros hermanos las objeciones y los reparos que a su modo de ver merecen nuestras actitudes. Pero lamentamos que

algunos en lugar de aceptar el diálogo hagan denuncias públicas acusando sin pruebas y sin documentos reales a laicos, sacerdotes y obispos de comunistas subversivos y extremistas basándose exclusivamente en una falsa interpretación de conductas que quizás ellos no entienden, pero no tienen el derecho de distorsionar. En los últimos tiempos ha sucedido en el Brasil, en el Ecuador, en la Argentina, en El Salvador que sacerdotes y obispos, y con mayor razón, laicos, han sido víctimas de la represión, porque la represión se basa en denuncias hechas por cristianos. Así, el hermano entrega a su hermano a la represión de la violencia de un sistema represivo. No creemos que las denuncias a la Santa Sede o a las autoridades eclesíásticas públicas sean el medio adecuado para alcanzar la unidad de la Iglesia. Sería una unidad basada en la eliminación física o moral de todos los que tratan de entrar honestamente en una lucha no-violenta por la justicia. Aunque estemos dispuestos a aceptar la persecución como consecuencia de nuestra acción, reconocemos que la persecución provocada por nuestros propios hermanos es particularmente dolorosa.

Por otro lado, no podemos excluir el hecho de que ciertas divisiones en la Iglesia sean un reflejo de estas mismas divisiones resultantes de la misión de Jesús en la tierra. El mismo dijo que venía a dividir.

Es verdad que Jesús se dirige a todos y frecuenta a todos pero no en la misma forma. Por ejemplo, las palabras que dirige a los pobres y a los ricos no son las mismas. Su Evangelio no tiene la misma resonancia ni el mismo significado para los ricos y para los pobres. La palabra que dirige a los pobres es de esperanza y de júbilo. La palabra que dirige a los ricos es de preocupación, de llamado a la conversión, al abandono de los privilegios y de compasión activa por la distribución de los bienes. La palabra que dirige a los pobres suscita a menudo alegría y gratitud, aunque no siempre; la palabra que dirige a los ricos y poderosos suscita a menudo la ira y la persecución. Creemos que si nuestra evangelización no se ubica en esta misma estructura, ella no está conforme al Evangelio de Jesucristo.

No podemos concordar con nuestros hermanos que parecen reducir el Evangelio a un mensaje falsamente universal, que se dirige en una forma neutral y uniforme a todos, que oculta la diferencia entre ricos y pobres y da la ilusión que el ser cristiano es igual para el rico y para el pobre. Tal Evangelio, insípido, nunca será el fermento de una acción decidida por la justicia y la liberación de nuestros pueblos.

No podemos aceptar que la unidad de la Iglesia se haga alrededor de un Evangelio reducido a abstracciones universalmente válidas; un Evangelio sin sabor, sin olor y

sin color en que todos los hombres son iguales sin tener ninguna posición social, económica, cultural.

Nuestro amor a la unidad de la Iglesia nos hace buscar todos juntos la plenitud del Evangelio leído en su totalidad, y no su reducción a un mensaje incoloro en que las diferencias desaparecen en el vacío. El precio de la unidad nunca podrá ser que sacrifiquemos la opción por los pobres, al permitir que se ignore su existencia en nuestra predicación y acción. Tal unidad sería lo contrario de la unión escatológica, la unidad en la plenitud por la que Jesús oró; no la paz que da el mundo, sino la paz de Jesús que es el resultado del esfuerzo de todas las generaciones de apóstoles hasta que finalmente se cumpla el reino de Dios.